

EL CANTÁBRICO

DIARIO DE LA MAÑANA

Santander.—Año I.—Núm. 185

Director: D. JOSÉ ESTRAÑA

Domingo 3 de noviembre de 1895



A LA MEMORIA

DE

TODAS LAS VÍCTIMAS

DE LAS

HORRIBLES CATÁSTROFES

DE

3 DE NOVIEMBRE DE 1893

Y 21 DE MARZO DE 1894

La Redacción de "El Cantábrico" rinde este homenaje de respeto á las víctimas de aquellas horrosas explosiones.

Oren por los muertos todos los seres humanos, que la oración por los que han dejado de existir es común á toda la humanidad.



MI PLEGARIA

La humanidad es tan imperfecta, que no sabe producir el bien sin el peligro del mal.

No hay descubrimiento que contribuya al adelanto de las sociedades y al progreso de los pueblos que no venga acompañado del germen de la destrucción y de la muerte.

La pólvora, el vapor, el gas, la electricidad, la dinamita... han producido portentosos progresos; pero también han causado grandes catástrofes.

Y un día aciago, el malhadado vapor Machichaco llevaba en sus entrañas un elemento de progreso, pero también de destrucción y de muerte, destrucción y muerte que, al estallar con infernal estruendo, llevó á todos los ámbitos de la ciudad de Santander y su bahía, produciendo una de las catástrofes más tremendas que registra la historia.

Dentro de breves días inaugurará la ciudad, tan castigada y tan digna de mejor suerte, el monumento conmemorativo de tan colosal desgracia; y yo acompañándola en este solemne acto, que traerá á la memoria tantos y tan tristes recuerdos, pediré á Dios, en compensación de tantos males: paz para los muertos, resignación para los vivos y prosperidad para Santander.

Práxeles Mateo Sagasta.

Madrid 27 de octubre de 1895.

EN EL ANIVERSARIO

de la catástrofe del «Machichaco»

¡No importa que el montón de pobres muertos tenga el amargo mar por sepultura!... ¡Tanto se lloró ya sobre el Cantábrico que han perdido sus olas la amargura!

Alfonso Pérez Nieva.

3 DE NOVIEMBRE DE 1893

Hace dos años que explotó el Machichaco. Sumido Santander en noche luctuosa, aún sufre dolor inefable.

En especie de inducción simpática y sugestiva, todo hombre bien sentido se inclina á participar con la hermosa ciudad de su pena.

Para ser fecundo el dolor (y el claro-oscuro de la nostalgia que surge al evocar su recuerdo) han de rehacer las almas varoniles contra lo deprimente de la tristeza que engendra, despertando energías que intenten de uno ó de otro modo restablecer el equilibrio perturbado por la imprudencia ó la avaricia de algunos.

Ni es hora de acusaciones ni el terreno donde pone su planta el sombrío ángel del dolor acepta más abono que el de la resignación, cuyo fértil rocío no deja crecer el desecho de la venganza. Dignifica el sufrimiento á los fuertes, vigoriza á los débiles, redime al criminal y rodea al enemigo de cierta aureola que le hace respetable aun para el que le odia.

¡Paz á los muertos! La muerte, último tributo pagado al dolor, sella todos los labios, apaga los odios más concentrados, convierte en sagradas las cenizas de aquellos que fueran en vida la causa de la catástrofe é impone á los menos respetuosos el silencio pitagórico de los que rezan ó meditan.

Después... urge la reacción, necesitan el tónico los que sobreviven, y con mezcla de luz y de sombra, meditando en la nada de todo, han de oponer á la imprudencia (si la hubo, y ya es hora de que se sepa), la previsión, característica de la racionalidad, y á la avaricia (si fue la causa de la desgracia), la abnegación, que considera la existencia propia, la del individuo, como préstamo adelantado por la especie á calidad de devoción. Los grandes dolores, con la aureola de su majestad sublime, evocan en las almas puras el hondo humorismo, risa ebria de llanto que tristemente ríe de las injusticias humanas y resignadamente llora por las víctimas que causa.

U. González Serrano.

Madrid 27 octubre 1895.

SANTANDER

Ya vestigios no existen del estrago, y, cada vez más bella, en el mar que sus plantas acaricia la ciudad se refleja.

Trocáronse en palacios los escombros, y sus bruñidas piedras ocultan las que ayer dejó el incendio calcinadas y negras.

Acaso flores hay donde hubo sangre, que en la fecunda tierra ningún riego es inútil, ni se pierde si hasta el fondo penetra.

De la horrible catástrofe pasada

¿qué resta, pues? — ¡Qué resta! el llanto de las madres y los hijos, el triste luto y la memoria eterna!

Manuel del Palacio.

Madrid 28 octubre 1895.

EL MUELLE DE MALIAÑO

PARA MI AMIGO JOSÉ ESTRAÑA

«El dolor ennoblece», según el gran escéptico Enrique Heine. No debemos, pues, abominar del dolor.

Y así como el dolor ennoblece, las catástrofes purifican.

Pompeya y Herculano eran dos ciudades que la viciosa Roma había dedicado á sus placeres, y hoy—piadosamente alzado el sudario en que las envolvieran las lavas y cenizas del Vesubio—el viajero pasa por aquellas calles y solares como por las naves y claustros de un santuario.

El muelle de Maliaño no es ya para Santander un simple apeadero de navegantes y mercaderes... Es un lugar sagrado.

¡Descúbrete siempre que lo pises, hijo de la Montaña ó trabajador del Mar!

Recuerda que hasta el más desesperado y amargo de los poetas del siglo XIX ha dicho:

... A cor ti sia fure ai passati onor.

Mariano de Cavia.

RECUERDOS Y ESPERANZAS

Las grandes catástrofes que experimentan los pueblos dejan, al parecer, menos huellas que las que sufren los individuos.

El dolor colectivo, que se manifiesta imponente y desolador en el momento de la desgracia, se aplaca pronto por las necesidades de la vida, y el río desbordado, vuelve á su cauce continuando ordenadamente su pacífico curso.

Pero las huellas profundas quedan en el seno de los hogares, en el fondo de los pechos, en las almas destrazadas de los que perdieron á los seres queridos.

Dos años han pasado desde aquella tristísima fecha. Santander ha vuelto á sonreír, á su puerto han llegado los vapores de lejanos mares, de sus aguas han salido los buques poderosos que llevan á otros pueblos los productos de nuestro suelo y gérmenes de nuestra vida; han vuelto los veraneantes á sus playas, los comerciantes á sus almacenes, todos á sus habituales ocupaciones; pero queda siempre la viu la vistiendo eterno luto, el huérfano que camina solo por las sendas del mundo.

Recordar á los que perecieron es piadoso; cuando rezamos por los muertos nos acercamos más á ellos y nos animamos á cumplir los deberes que su pérdida nos impuso.

Santander no podrá olvidar nunca el horrible tres de noviembre de 1893, y los que profesamos á esa querida tierra el afecto de hijos, nos recogemos cuando llega el doloroso aniversario para enviarla con nuestras oraciones, los recuerdos tristes, como las siemprevivas que se colocan en la tumba donde yacen para siempre los seres queridos.

¡Que Dios evite á la afligida madre nuevos infortunios! Sólo con calma bienhechora podrá mitigar sus penas, pero sin olvidar nunca esa fecha, en que parece que todos los rumores son cegia y todos los sonos campanas que tocan á muerto.

Per entre los fúnebres crepones debemos vislumbrar siempre el rayo consolador de la esperanza; de entre los montones de hojas secas que arremolinó el otoño nacen las perfumadas violetas de la nueva primavera.

Sufrir y padecer es ley ineludible de la vida; sufriendo y padeciendo se templan las almas y se vigorizan los pueblos.

Santander ha sufrido mucho, pero nunca ha abatido á esa noble ciudad el infortunio ni la han acobardado los sufrimientos, y el porvenir tiene que guardarla los días prósperos y felices de los que son dichosos y merecen serlo.

Kasabal.

Madrid á últimos de octubre de 1895.

CASTIGO

Aunque los días corran, aunque los años pasen, de aquellas horas negras no es posible olvidarse.

Si alguien la culpa tuvo de la horrenda catástrofe, cuando este día llega ¿qué sentirá el culpable? La Ley y la Justicia podrán no condenarle;

pero queda el recuerdo... ¿qué castigo más grande?

Miguel Ramos Carrión

POR IMPREVISIÓN

Las desgracias no se olvidan; pero, para poder vivir, es preciso no pensar constantemente en ellas. ¿Quién puede nunca olvidar la catástrofe de Santander el 3 de noviembre de 1893? Fecha nefasta, que siempre recordarán todas las generaciones, porque ciudad ninguna en el mundo ha sido víctima de cataclismo más espantoso, producido, no por la inundación, no por los ciclones, no por el terremoto, no por ninguna convulsión planetaria, no por los furioses de la guerra, no por lo inevitable; sino por una imprudencia temeraria de la humana imprevisión, no exenta de culpa ciertamente.

¿Cómo olvidar aquella ansiedad suprema de toda España, pendiente de telégrafos que no funcionaban, destrazados como lo habían sido en Santander con la horrible explosión del Machichaco? Terribles eran las noticias que de allí se recibían; pero tales presentimientos, más bien que noticias, resultaron al cabo minutos engendros de la fantasía, comparados con la realidad de una explosión sin semejante, de horribles naufragios á la vez, de un temblor de tierra, de la ruina de hermosos edificios, de inconcebible lluvia de llamas y de piezas enormes de hierro, y de la muerte instantánea ó inmediata de cientos y cientos de criaturas racionales.

Nunca. Tal catástrofe jamás será olvidada; pero Santander no podía vivir teniendo la constantemente fija en la memoria. Por eso hoy admira el verla consagrando todas sus energías á restaurar los daños causados, á educar á los huérfanos, y á reconstituir el floreciente emporio del Cantábrico. Yo le doy mi pésame por su duelo, y mi parabién por sus empresas. Reciba uno y otro de quien sien te entusiasmos por esa población.

Pero una insistencia labra en mí desde los mismos días del espantoso siniestro. La imprevisión lo produjo; ya no es posible volver á la vida á los que Santander llora; pero los que os faltan os están constantemente diciendo: «Ciudad de las grandes energías, ¿qué precauciones has tomado para que no se repita la tragedia? Clama, clama: no solamente por tu puerto, sino por todos los del país.

E. Benot

MINIATURA

En las profundidades del abismo se hunde el buque sorbido por las olas que á destrozarse su presa se levantan, empujan y amontonan. Pasada la tormenta, del naufragio las mansas aguas los vestigios borran y la luz centellea en las espumas que ocultan la catástrofe traidora.

Así el dolor, las penas, las pasiones agitan, y conmueven y destrozan, y tras furias, terribles tempestades á las playas las víctimas arrojan. Pero luego la calma del olvido que cae sobre sucesos y personas borra y quita las huellas del desastre... y brilla el sol en las tranquilas ondas!

Sinesio Delgado.

LA CATÁSTROFE DEL "MACHICHACO"

Quando retumba el trueno, brama el viento y la tempestad se desencadena, ante los efectos que ésta produce, por desastrosos que ellos sean, bajamos la cabeza, sabiendo que son inevitables, y que el aparente desorden es el orden que es consecuencia de las leyes inflexibles y fatales de la Naturaleza.

Quando en el seno de las sociedades se desencadena la maldad, la injusticia, el crimen, contra sus efectos protestan las víctimas, los inmediatamente perjudicados, y con ellos todo el mundo, porque saben que ese es un desorden real y positivo, y claman y exigen que á la arbitrariedad y torcida voluntad de los hombres sustituya el orden, el imperio de la ley.

Quando en un daño intervienen á la vez la Naturaleza y el hombre, intuitivamente investigamos la participación que en él han tenido las leyes fatales de aquélla y los actos libres de éste: para conformarnos, si el daño es producto de las primeras; para reclamar reparación y castigo, si lo es de los segundos.

¿Se sabe si la tremenda catástrofe á que dio lugar la explosión de la carga del Machichaco fue obra de la Naturaleza solamente, ó si lo fue también de los hombres?

Gumersindo de Azcárate.

À SANTANDER

Viendo tu horrible tormento España, presa de espanto, con la elocuencia del llanto expresó su sentimiento.

Y como el recuerdo abruma y el tiempo no le extinguió, pídemelo llanto, mas no pidas frases á mi pluma.

No puede darte consuelo el alma, de angustia llena. ¡Cómo va á calmar tu pena quien toma parte en tu duelo!

El pretenderlo es en vano, porque más el dolor crece. ¡Cuand un hermano padece no le consuela otro hermano!

José Rodao.

POR PATRIOTISMO

El patriotismo es á la vez recuerdo que vivifica y esperanza que crea. Lo que él conmemora no ha muerto todavía: lo que él quiere bien, existe ya.

Por patriotismo debemos recordar hoy con luto en el corazón, viva, terrible, espantosa, la negra catástrofe.

Y por patriotismo debemos esperar todos que con el Machichaco no se hundiese también la Justicia.

Miguel Moya.

DUÉLO NACIONAL

El clamor de piedad que se alzó de toda España al sufrir Santander la catástrofe que hoy se conmemora, bastó para demostrar que por cima de los intereses regionales está la unidad moral de la patria. Lloróse á los muertos é hizo se caridad á los desdichados, sirviendo de consuelo á los vivos la certidumbre de que el dolor de una sola ciudad era duelo á la nación entera: ejemplo provechoso á los que sueñen con quebrantar vínculos creados por la Naturaleza y por la Historia.

Jacinto Octavio Picón.

Octubre de 1895.

El aniversario

Santander viste hoy de luto; hay tristeza en los hogares; impresa se ve la huella del dolor en los semblantes, y lamentos y suspiros se escuchan por todas partes, que es hoy ¡el aniversario de la terrible catástrofe!

En la playa se ve un huérfano contemplando el oleaje, y cuando las olas llegan, á sus plantas se deshacen. Y al salpicarle la espuma el rostro, exclama aquel ángel: — ¡Son besos que entre las olas me manda mi pobre padre!

Vicente Rubio.

Indescriptible

Mi querido Estraña:

Yo no presencié la explosión del 3 de noviembre. No puedo hablar de ella, no sé... Ignoro en qué términos, en qué formas del humano lenguaje se puede comentar ó describir, aun habiéndola visto, catástrofe tan extraordinaria y fuera de lo común. ¿Hay alguno, entre los que salieron milagrosamente con vida en aquel inaudito caso, que nos lo pueda pintar con toda su terrible majestad y sencillez? Lo dudo. Sin pensarlo, creo que la espantosa hora del 3 de noviembre en Santander, fue descrita por el Dante en aquellos versos del Infierno:

Diverse lingue, orribili favelle, parole di dolore, accenti d'ira, voci alte e fiochi, e suon di man con elle faceran un tumulto, il qual s'aggira sempre in quel'aria, senza tempo tinta, come la rena quando 'l turbo spira.

Y no sé más.

B. Pérez Galdós.

A SANTANDER

De aquel infortunio terrible, tremendo, aún vive en tu alma latente el recuerdo... ¿Que no halle el olvido cabida en tu pecho! ¡Que vayan tus dulces plegarias al cielo! Pues Dios bondadoso bendice á los pueblos que saben, cristianos, honrar á los muertos!...

Vital Aza.

Madrid, octubre 30-95.

A orillas del mar, después de la desgracia

El rústico campesino que jamás

ha visto el mar, al encontrarse sobre las rocas de la playa del Cantábrico, se siente sobrecogido ante la inmensidad del Océano, y cree de veras, en su ánimo acobardado, que aquellas aguas no tienen fin, y que no hay nada más allá. Sin embargo, cuando á bordo de una barca, y á fuerza de remos y de vela, avanza y avanza después, por aquellos oscuros y al parecer interminables horizontes, cuanto más se separa de la tierra inerte, tanto más se acerca á las ignoradas playas, hasta que al fin las ve, las toca y descansa en ellas.

El presumido ciudadano, que nunca ha sentido el rudo golpe de las desgracias que trae inesperada catástrofe, al verse abatido por ellas cree, en su confundido espíritu, que la muerte todo lo aniquila, que no hay justicia ni esperanza alguna en el mundo, y que aquí concluye todo. Sin embargo, cuando avanza en los mares de la vida; cuando á fuerza de estudiar y de sentir, de saber y de conocer, penetra, con el poder de la razón y de su corazón, en los luminosos espacios del Universo que parecen ser infinitos, cuanto más se aparta de las miserias de la existencia egoísta y vulgar, tanto más se aproxima á la posesión de la fe en Dios y en la inmortalidad, hasta vencerse de que, más allá de la desolación y de la muerte están los mundos, donde el espíritu vive y descansa por toda una eternidad.

Ricardo Becerro de Bengoa.

ANIVERSARIO

SONETO

Recordar sin flaqueza ni amargura la atroz desgracia que sufriste un día, es piadoso deber que hoy, patria mía, todo buen español cumplir procura.

Ella, entre tanta y tanta desventura como implacable el Cielo nos envía, por singular é inmensa, todavía en la memoria nacional perdura.

Pero al vestir el luto de esa idea, desplegando sus fúnebres crespones sobre la ingente ruina que aún humea, no á un estéril suplicio te abandones, y ya que evocas tus desdichas, sea para templar el alma en sus lecciones.

Emilio Ferrari.

Valladolid, octubre 95.

Años tristes...

Así como el gran Victor Hugo sintetizó en su Año Terrible las desgracias que abrumaron á Francia, así también cualquiera de nuestros grandes poetas hallaría en España asunto tristísimo para trazar páginas sangrientas, al describir la historia de estos dos últimos años en que las

Llamas, dolores, guerras, muertes, asolamientos, fieros males, han sido y son como tremendo castigo impuesto por Dios á una raza cuyo orgullo jamás fue domeñado.

Santander y Melilla parecen los dos primeros eslabones de esta interminable cadena de desventuras. Y mientras allá en el Riff caían bajo el plomo del salvaje nuestros valerosos militares, aquí en Santander volaban por los aires los ensangrentados restos de multitud de personas á quienes la fatalidad empujó á la muerte cuando iban á las orillas del mar en busca de la vida, envuelta en el fuerte aroma que flota en las aguas y extiende la brisa por las húmedas orillas.

Después nuevas catástrofes se sucedieron. El mar en su inacabable batalla fue rindiendo á los que contra él lucharon, y las olas del Mediterráneo venían á contar al Cantábrico con bramadores acentos sus victorias, que el Cantábrico á su vez emulaba con rugidos de fiera.

Todavía esas olas nos traen gritos agónicos de las lejanas tierras americanas, y al volver á ellas se llevan consigo lágrimas de muchas madres y suspiros de muchas esposas...

...Ese monumento que hoy se inaugura, erigido para perpetuar en la memoria de los venideros el recuerdo de la horrible hecatombe, puede servir también como eterna conmemoración de las pesadumbres de la patria en estos años luctuosos para todo un pueblo.

Peró igualmente esas piedras, símbolos del dolor, se erguirán junto al mar Cantábrico á semejanza de aquella leyenda que el espartano grababa en las Termópilas, y dirá: «Extranjero, di al mundo que ni la fatalidad ha conseguido vencernos.»

R. Hernández Bermúdez.

3 DE NOVIEMBRE DE 1893

¿Cómo no recordar con espanto día de maldición, funesto día, si por tu culpa sufre todavía tanto ser infeliz mortal quebrantado? ¡Cuántas veces, oh, cuántas en lo interno de mí sér maldice de tu memoria, nefasto día de siniestra historia que abortaron las iras del inferno!

N. Rey Díaz.



LA EXPLOSIÓN DEL "MACHICHACO"

Borrará el tiempo la huella de las ruinas materiales que produjo la tremenda catástrofe del Machichaco. Lo que no borrará jamás es el recuerdo de las víctimas, el dolor de los corazones, la nube de lágrimas de los ojos, el ejemplo sublime de abnegación y heroísmo que la ciudad hermana, la muy noble y siempre leal y decidida ciudad de Santander, dio al mundo.

Trabajaba tranquila por el progreso cuando un vehículo del progreso la sorprendió con la muerte... No renequemos los descubrimientos de la ciencia. Ni la ciencia ni la civilización son responsables de lo que llamamos fatalidad y suele ser colérica, imprevisión ó temerario empeño.

José M. Arco.

Valladolid 30 octubre 1895

¡SANTANDER!

Cuando cubre de duelo infausta suerte tus hogares, ciudad por mí querida, siempre te vergues cual matrona herida al arrancando sus presas á la muerte.

De noble corazón y brazo fuerte, ni el barco de memoria maldecida que á tanto noble sér robó la vida, logró dejar tu caridad inerte.

¡Cantábrica región, tu seno encierra virtudes y energías á millares; arrostra cataclismos en la tierra, demuestra su pujanza ante los mares, y como su valor jamás se trunca, tu pueblo, Santander, no muere nunca!

A. M. Alvarez Taladriz.

DOLORES INFINITOS

La catástrofe del Cabo Machichaco. No es posible recordarla sin espanto y sin pena.

Aquella catástrofe fue un conjunto de horrores, el trueno que aterra, el relámpago que ciega, el rayo que abrasa, la avalancha que aplasta, el terremoto que destruye.

Como la ola se convierte en espuma, los dolores que produjo se convirtieron en lágrimas que no se han secado, que no se secarán en mucho tiempo de los ojos de los santandereños.

De tan horrible tragedia quedarán, para eterna memoria, lápidas en el cementerio y dolor en el corazón de los buenos montañeses.

Hay un sentimiento que no envejece nunca, y es el dolor.

Hay un manantial que no se seca jamás, y es el de las lágrimas.

Cada año, en esta fecha tristísima, el dolor renace y las lágrimas vuelven á brotar.

Con el dolor en el alma y las lágrimas en los ojos escribe estos renglones en el aniversario de aquel tremendo día

Enrique Rodríguez Solís

Madrid 31 de octubre de 1895.

EL TREN DE LOS MONTAÑESES

(4 de noviembre de 1893)

Todos, sin cita ni aviso, bajamos á la estación con la ansiedad en el alma y en el semblante el terror.

Todos, por igual impulso, nacido del corazón, corrimos á nuestra madre que nos pedía favor.

Nunca á tantos montañeses viajar á un tiempo se vio, ni hubo jamás impaciencia más terrible ni mayor.

¡Qué horas tan largas, tan largas! ¡Qué lentitud tan atroz!

¡Del Calvario parecía, por triste, cada estación! Al fin llegamos... y acaso alguno consuelo halló; pero á los más no podía consolarles más que Dios.

Eusebio Sierra.

Madrid—1895.

BIENAVENTURADOS LOS QUE PADEGEN

Se ha dicho con profunda verdad

que el suceso próspero y la buena fortuna de los que nacieron para poco son propios. Las calamidades y tribulaciones que abaten á los débiles levantan el ánimo del fuerte.

Santander, atormentado por el infortunio y asolado por la catástrofe, preséntase hoy á los ojos de España más grande que en la prosperidad, en la desgracia.

Para los pueblos como para los hombres es motivo de gloria el haber sufrido mucho. Dios lo ha dicho: ¡Bienaventurados los que padecen!

Zeda.

À ESTRANI

Aunque las cosas alegres no han sido jamás mi fiaco, ni á pasar por retonzona mi musa nunca ha aspirado, confieso que cuando siento turbios mis ojos de llanto pensando en una catástrofe ó un gran dolor recordando, de la lira ó la vihuela, que toco tan mal y tanto, ni arrancar puedo una nota ni un ronco quejido sacó.

Por eso, aunque mucho estimo que me invite á decir algo de aquella horrible tragedia que aún recuerdo con espanto, perdóneme que me inhiba de su honrosísimo encargo... Yo, cuando siento de veras, por no desbarrar, me callo.

Angel R. Chaves.

Deuda de sangre

Nada más sombrío que el peregrino despertar de aquella mañana de tristeza infinita, cuyas húmedas nieblas se resistían tenaces á dejarse penetrar por los resplandores del mal extinguido incendio que agonizaba lentamente bajo el montón de escombros á que había quedado reducido el antes hermoso y rico barrio de Maliaño, víctima de la horrenda catástrofe que sembró de muertos y heridos sus hermosas calles y de ruinas y desolación sus amplios y animados muelles.

Aún no era de día, y en la estación del Norte acababa de penetrar un tren de tropas que llegaba en auxilio de la infortunada ciudad, haciendo temblar con los últimos estremecimientos de sus carruajes los pocos cristales de la espaciosa marquesina respetados algunas horas antes por los extraños caprichos de la dinamita.

Del tren que llegaba no salía ni una de esas regocijadas notas de guitarra ó pandereta que se desprenden, como efluvió de contagiosa alegría, de las grandes agrupaciones de soldados en marcha, ni se dejaba sentir el alborozado clamor con que de ordinario saludan éstos la presencia de la estación, término del fatigoso viaje.

Sólo al detenerse el tren abriéronse á la vez cien portezuelas, como si el nervioso afán de llegar las empujara, y los soldados, pálidos por las fatigas del viaje, desencajados por el insomnio, formaron mudos y presurosos en el andén sombrío, influidos sin duda por esa extraña emoción que sentimos siempre al aproximarnos á un cadáver.

Pocos momentos después aquel batallón de ingenieros, que tal era el recién llegado, comenzaba decidido y animoso una labor de muchos días, penosa cual ninguna, arriesgada como la que más y merced á la cual hallaron cristiana sepultura no pocos miseros despojos de la espantosa catástrofe que la piadosa mano de aquellos valientes consiguió arrancar á las humeantes ruinas, y desapareció el peligro que para el aterrado vecindario encerraban éstas con sus agrietados y vacilantes paredones.

Por eso cuando aquellas tropas, y otras que antes y después de ellas volaron también en auxilio nuestro, regresaron á sus destinos, los que habíamos experimentado el terrible efecto de la espantosa hecatombe y conservábamos entonces como ahora vivo en nuestro recuerdo todo el horror de tan supremos instantes, despedimos á aquellos soldados con inequívocas pruebas de profundo agradecimiento, nacido al calor de su generoso proceder y valiente esfuerzo puesto al servicio de la ciudad entera, que sin duda hizo entonces la solemne promesa de pagar con creces, si para ello Dios disponía ocasión propicia, el inefable consuelo y la poderosa ayuda que en tan críticas circunstancias trajeron hasta ella aquellos animosos servidores de la patria...

Han transcurrido dos años desde entonces y las energías de un pueblo honrado y laborioso borrarán ya las huellas todas del espantable acaecimiento. Sólo el impercedero recuerdo de tanta destruida víctima y las oraciones con que los vivos honran su memoria, dan testimonio fiel de la magnitud de aquel desastre sin segundo.

El barrio y muelles de Maliano recobraron ya por completo su pasada hermosura. Estos han sido recompuestos cuidadosamente, y sobre los escombros de aquél se alzan otras más suntuosas edificaciones, sin que las vivas manchas de color de las nuevas casas ni tal cual remiendo en las fachadas de las antiguas, cicatrices de otras tantas zarpadas del explosivo, denuncien apenas la existencia de la tremenda sacudida.

Han transcurrido, sí, dos años desde entonces y quiere Dios que el barrio hermoso y los extensos cargaderos se estremezan una vez más al cálido contacto de la sangre, y sean testigos mudos de nuevas tribulaciones y de infortunios nuevos.

Y es que dentro de pocos días, debe atracar á Maliaño uno de nuestros trasatlánticos, portador de la primera expedición de enfermos y heridos de la campaña de Cuba, cuyas anclas poderosas caerán, buscando firme apoyo en el fondo de nuestra bahía, á través de las mismas hoy tranquilas aguas que hace dos años se apartaban, á impulsos de la formidable explosión del casco destrozado del Cabo Machichaco, escalando espantadas, en su vuelta y tumultuosa huida, las altas escolleras de los muelles.

Esos desdichados á quienes la enfermedad traidora postró sin gloria en el ingrato suelo de la manigua cubana; esos infelices que combatiendo como buenos sucumbieron también bajo las no menos traidoras balas de los enemigos de España, volviendo, al caer, sus brazos y su anhelante pensamiento hacia sabe Dios qué sombras queridas de seres que, á muchos centenares de leguas, lloran su ausencia ó presentían su infortunio; esos pobres soldados á quienes aniquila la fiebre sobre la lona de una camilla y que llegarán hasta nosotros tras el fatigoso calvario de una larga navegación llena de dolorosas molestias, son para los santanlerinos, no ya sólo los valientes en cuyas manos puso la patria su honor y su bandera y que por uno y otra ofrecieron con denodado esfuerzo su sangre generosa; son algo más; son quizá aquellos mismos soldados que llegaban pálidos y tristes en socorro nuestro la más sombría de las mañanas de noviembre; aquellos que con enérgica y piadosa mano derrumbaban los restos amenazadores de edificios vacilantes y regían las esparcidas reliquias de nuestros muertos; aquellos, en fin, á quienes prometimos todos devolver con creces el bien que nos hicieron, si para ello Dios nos daba coyuntura y fuerzas.

¡Por eso nos es de extrañar que Santander, fiel á sus tradiciones de caridad y patriotismo inagotables, aguarde hoy, con creciente afán y la cruz roja al brazo, á los enfermos y heridos de la campaña de Cuba, sintiendo como nunca vivo el deseo de ejercer con unos y otros la más consoladora y santa de las virtudes!

T. Agüero S. de Tagle.

UN MONUMENTO

¡Un monumento en recuerdo de la catástrofe del Machichaco! Nos sabemos cómo debía ser. Que la base sea de granito ó de mármol, que el cuerpo le forme esbelta columna ó severa pirámide, que el coronamiento consista de alegórico grupo ó sentida lápida, resulta indiferente para lo que el monumento debe representar. ¡La irreparable desgracia, el inmenso dolor de un pueblo entero, víctima de la mala fe primero, de la ignorancia después y del clásico y español expediente por último!

La desgracia sostenida por la representación de las tres cosas, sería sin disputa el más exacto simbolismo de aquellas hecatombes.

No cabe ni por el tiempo ni por la ocasión recordar cargos ni enumerar responsabilidades; quede para los unos el anatema lanzado en nombre de la Ciencia, como caer debiera sobre los otros el más real y severo del Código penal. Pero cabe recordar algunas consideraciones que, tenidas en cuenta, hubieran librado á la capital de la trágica del segundo duelo, menos grande en número, pero más intenso y sensible que el primero por las circunstancias que le ocasionaron.

Santander fue realmente víctima, más que de la dinamita, de la incompetencia y el expedienteo, y esto puede afirmarse, recordando sólo la fecha transcurrida desde el primer accidente á la segunda catástrofe. Pues qué, ¿hubiera ocurrido ésta si la competencia de un verdadero químico resolviera la cuestión, en vez de acudir á juntas técnicas que empeñaban por desconocer el proceso de descomposición de la dinamita? No seguramente, puesto que la verdadera familiaridad y descortesía con que puede tratarse á la dinamita, hubiérase trocado en atenciones y exquisitos miramientos, nunca bastante extremados con dama tan quisquillosa y difícil como la nitroglicerina.

Pero lo que debía hacerse no se hizo, por la razón suprema que mata en España todo labor y toda iniciativa, por el expedienteo administrativo; era preciso que la consulta fuera recorriendo todas, cuidadas con perder una, todas absolutamente las mesas de los escribientes y oficiales, primero del Ayuntamiento, luego del Gobierno civil y por fin del ministerio de la Gobernación.

¡Fúnesto camino, maldito expedienteo, desdichados procedimientos, que sembraron el

luto y la miseria en nuestros desdichados y hasta sufridos paisanos, que no pudieron sustraerse á la fatídica influencia de los legajos y de los informes, inútiles casi siempre, verdaderamente criminales en aquella ocasión!

Luis de Hoyos Sainz.

Carta abierta

Mi adorado don José. (Conste que digo adorado en sentido figurado.)

¡Por qué diablos quiere usted que vaya mi firma aquí, y se halle sin más ni más codeándose con las de escritores hasta allí?

Yo, taurino revistero cuyo mérito es escaso porque en tierras del Parnaso siempre he sido forastero, en cuanto me hube enterado de su carta, me quedé como Guerra cuando fue aquí en Madrid volteado; y me pareció escuchar á grandes voces decir: —¡Ni se debe consentir ni os lo hemos de tolerar!

¡Qué voy á decir, Señor, del Machichaco famoso? ¿Que aquel suceso espantoso me causó pena y dolor? De eso ante la luz del sol presentaré testimonio, que el sentir es patrimonio del corazón español.

Del pueblo de Santander la pena repercutió en toda España, y sirvió para ante el mundo exponer que acaso nos ganará cualquiera de las naciones en marina y en millones; pero en sentimientos... ¡Cál!

Bueno. Pues como que yo paso la pícara vida diciendo si la corrida le gusta al público ó no, en todas las cosas veo (perdón por la confesión) más ó menos relación con el arte del torero.

Lo del Machichaco está dentro de mi chifladura. El probarlo no me apura. Oiga usted, y juzgará.

Dado que hoy la torería es plaga de las peores, pues salen los lidiadores por docenas cada día; y dado que pocos son los que valen seis pesetas, pues abundan los maletas que matan á la afición, no es de extrañar que al divino cielo esté siempre rogando que mande de cuando en cuando un Machichaco taurino.

Angel Caamaño

UNA CARTA Y UNA HUMORADA DE CAMPOAMOR

Sr. D. José Estrani.

Mi estimado amigo: Estoy enfermo y hace mucho tiempo que no me ocupo de nada ó casi nada. Quisiera enviar á usted alguna composición digna del periódico y del laudable propósito que usted abriga, pero no tengo más que humoradas ó pensamientos sueltos, uno de los cuales tengo el gusto de incluir á usted, dejando á usted en completa libertad de publicarlo ó no.

Esté usted seguro de mi buen deseo y de la estimación con que es suyo afectísimo amigo

27 octubre 95.

Campoamor.

Va el hombre andando, y lo que más le aterra es que mira y mirando no ve nada, porque todos los lados de la tierra son puntos de partida sin llegada.

Campoamor.

RECUERDO PERPETUO

La generación actual, que sólo quedó viva para recordarlo, no necesita en su infortunio seguramente, para tener siempre ante los ojos espantados aquella inmensidad de horrores en sangrienta y encendida visión, de libro alguno que describa la matanza y el estrago, aquel instante y aquel siglo de ruinas, desolación y exterminio; pues le basta, ¡y aun le sobra para ello!, si no la memoria de su inteligencia, turbia y confusa, como deslumbrada y desquiciada, la firme, constante, fidelísimamente cruel de su corazón destrozado. Pero las generaciones sucesivas, aquellas á quienes llegue mal y débilmente la tradición familiar, las que no recibían ya, al cabo de los años, sino muy mermada, esa erencia de lágrimas y terrores y de tribulaciones infinitas; esas necesitan, para participar como deben en el futuro del martirio pasado de

su pueblo y unirse así en espíritu á sus abuelos del día terrible, que el arte literario escrito, un libro, el libro de la Catástrofe, refuerce y asegure la tradición, la autorice y la acompañe, agigante y difunda sus voces, y perpetúe para siempre sus rugidos de cataclismo y ternuras de plegaria, cual ello fue, mucho más que gemían las víctimas, aquella memoria apocalíptica... ¡Ah! sí, un libro así necesita: un libro escrito ahora, escrito con pedazos de las entrañas; y no con pluma, con buril; no en papeles que se apollen, sino sobre páginas de bronce; un libro de voces de trueno, con fuego de volcán, con ayes de mis erere, un libro que atraviese la distancia y el tiempo, y sea digna santificación de aquel súbito y tremendo sacrificio.

Pedro Sánchez.

31 de octubre de 1895.

3 DE NOVIEMBRE DE 1893

¿Sabéis de humana aflicción que á mayor lástima mueva? ¡Dichoso en tal ocasión quien mostró su corazón á la altura de la prueba!

Amós de Escalante.

Santander.

¡Á MUERTOS Y Á VIVOS

Son las grandes catástrofes piedras de toque en las que se prueba el valer de los pueblos.

El débil y pusilánime, ante una gran desgracia, se anonada y sucumbe; el vigoroso y valiente soporta con resignación la desventura y se yergue después, con varonil entereza, á remediar los daños producidos.

El pueblo de Santander de hace dos años inspiró compasión; el pueblo de Santander de hoy admira.

Bien es que se consagre á la memoria de los muertos homenaje de cariño, pero es bien, así mismo, otorgar á los que sobreviven marcas alabanzas.

A. Sánchez Pérez.

¡FATALIDAD!

Recordarla causa horror; y pensar en sus estragos es buscar fantasmas vagos que bullan en derredor. Aquel cuadro aterrador que aquí sembró el desconsuelo regando de sangre el suelo y de llanto la ciudad, está pidiendo piedad para los muertos, al cielo.

Las campanas al tañer recuerdan con triste son los ayes, la destrucción, la ruina de Santander.

¡Víctimas de aquel ayer; quienes todo atestigüamos, nunca, jamás olvidamos á los que allí sucumbieron!... Si vuestros cuerpos murieron, por vuestras almas oramos.

Alfredo del Río Iturralde.

ENÉRGICOS, PERO HUMANOS

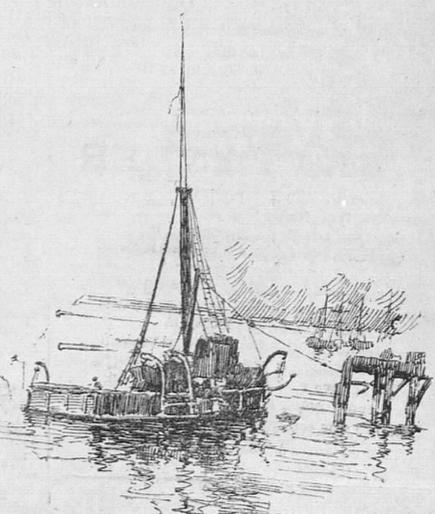
«Dios manda que nos amemos.»

Santander lloró, sí, en la catástrofe del Machichaco; pero, llorando, dio por sí solo piadosa sepultura en pocos días á centenares de víctimas: lo cual prueba que la ternura en los sentimientos, no está reñida con la energía viril en los actos.

¡Ojalá, que ahora que España sufre aflicción grandísima, sepamos ser muy enérgicos, sí, pero á la vez muy humanos, sin considerar desdolorosa tal conducta y recordando aquellos versos de Ercilla que dicen:

«Frena el ímpetu y cólera dañosa que la ira examina el varón fuerte y el perdonar venganza es generosa.»

Santos Landa.



Dos años después

Dos años hace ya; día luctuoso amaneciera espléndido en mal hora y causara en instante pavoroso cual ninguna, hecatombe aterradora; Santander, con silencio respetuoso, terrorífica fecha conmemora, y aumentan el dolor de hogares yertos las campanas que doblan por los muertos.

Amador Elizondo

La fecha triste

Ni la concebible explosión sinejemplo, que excede los límites de lo imaginable; ni la extraordinaria magnitud del daño, aumentada por el rodar de la noticia cuando llegó á mi retiro; ni la vista de los muchos destrozados materiales, el humear aún del incendio, las ruinas y escombros que tropecé por doquiera, gruesos hierros calcinados y retorcidos en extrañas formas como por manos de cíclopes y por sus fuerzas clavados en el suelo de las calles, en los muros de las más fuertes casas, en los tejados más altos, cuando al día siguiente fui á la ciudad doliente; ni los relatos incoherentes, incompletos, medrosos todavía de los que allí estuvieron aquellas horas tremendas, me impresionaron tan hondamente como el terror pintado en todos los semblantes, espejos del estado de las almas ante la inesperada desdicha inmensa. ¡Aún hoy, al cabo de dos años, horroriza el recuerdo de aquel día tremebundo, sin precedente en la historia de las más grandes desgracias locales! Yo, que participé de aquel terror contagioso, sugestivo, que sentí con mi ciudad y con ella temblé aquellos días, conozco que no es bastante el tiempo transcurrido, para hablar en el aniversario como se habla de las desgracias pasadas. ¡Todavía ésta está presente! ¡Todavía hoy se aterra el pensamiento, se anonada el ánimo, la carne tiembla y la palabra no suena ni sale á los labios, ahogada en lágrimas amariguas y espesas cuanto más silenciosas y reconcentradas! No es hoy día de frases y palabras, sino de sentimientos íntimos y de oraciones singulares.

D. Duque y Merino.

1895.

UN RECUERDO

3 de noviembre de 1893

¡Día terrible! ¡día tremendo! Su recuerdo causa frío; aún creo en mi desvarío que aquel horrisono estruendo repercutió en el vacío.

¡Día terrible! sus horrores no se olvidan ni un instante; aún del incendio llameante los rojos resplandores me parece ver delante.

Aún perciben mis oídos de las llamas los chasquidos, en confusa algarabía con los gritos de agonía que lanzaban los heridos.

Aún dan ganas de llorar cuando recuerdo el pasar, como en negras pesadillas, de hombres de pausado andar conduciendo las camillas.

Aún por el muelle extendidos, entre escombros removidos, veo los despojos yertos sobre hierros retorcidos de los cráneos de los muertos.

Aún se nota la ansiedad, terror y curiosidad, retratado en los semblantes. Aún hoy lo mismo que antes gime en duelo la ciudad!

Aún se halla abierta la herida por la explosión producida; si la sangre es restañada ni se halla cicatrizada ni puede estarlo en la vida.

Mientras haya un corazón que tanta desolación sienta, y pueda comprender, no faltará compasión para el pobre Santander.

Buenaventura E. Parets.

PLEGARIA

Constreñido el corazón pensando en los cuerpos yertos por la terrible explosión, una oración á los muertos; para los vivos perdón!

Carlos Saro.

3 de noviembre

Han pasado dos años, desde aquel día, en que todo fue llanto, duelo y dolor; han pasado dos años y todavía á su recuerdo el alma siente pavor. Nunca ocurrió hecatombe tan horrosa ni tan tristes escenas jamás se vieron. ¡Conmemoremos fecha tan luctuosa, rezando por los muchos que perecieron!

Ignacio G. Lara.

La oración por los vivos

En la modesta guardilla donde el obrero habitaba —albergue antes de la dicha y hoy mansión de la desgracia— vive la esposa afligida tan triste, tan angustiada, que de llorar tanto y tanto, no le quedan ya ni lágrimas! Cuando la noche su manto tiende, y al reposo llama, la pobre mira á sus hijos (niños de edad muy temprana) los reúne, y cariñosamente da un beso y les abraza, y sacando un crucifijo que oculto lleva en la falda —Vamos á rezar—les dice— la oración acostumbrada! Y esta escena se repite desde aquella fecha infausta, á cuyo solo recuerdo de dolor se llena el alma!

II

Hoy, siguiendo la costumbre, cuando la hora fue llegada de rezar, la pobre madre más triste, más cabizbaja que otras veces, á los niños reunió, y arrodillada, —¡Vamos á rezar—les dice— por vuestro padre!... y lloraba! De pronto, el mayor de aquéllos, á quien ya nada se escapa, le dijo:

—¡Mamá, yo quiero que me digas, sin tardanza, por qué rezas tanto y tanto de mi padre por el alma! —¡Pues por quién he de rezar? le interrumpió emocionada: Y el niño repuso al punto: —¡Por los que fueron la causa de que mi padre muriera... á él no le hace tanta falta, porque era bueno, y ya Dios le habrá acogido en su gracia! —¡Tienes razón, hijo mío, ella murmuró entre lágrimas, y comenzó una oración con las siguientes palabras: ¡Por los que aún viven, y fueron causa de aquella desgracia!

Miguel Fernández.

2 noviembre 1895.

MI RECUERDO

En la ansiedad vertiginosa y creciente de los primeros momentos, no pude comprender, como nadie pudo, toda la inmensidad de la horrosa desgracia. Ni las muchedumbres fugitivas, ni los heridos que eran conducidos, medio arrastrados, en demanda de socorro, ni ya, en la visión inmediata del lugar del suceso, el horrible espectáculo del dolor y de la muerte, en crudas escenas de inverosímil realidad; ni la débil queja del moribundo, ni el desgarrador alarido del mutilado, ni el clamor de tantas desesperaciones... nada de aquello, tan horroroso, era incomprensible. Pero vi de pronto, en un rincón, las piernecitas de un niño, solitarias, con sus lindos zapatos, con sus blancas medias... ¡ensangrentadas! y no pude ver más; aquello era todo el horror imaginable, más de lo que podía comprenderse... Y entonces entendí que aquella desgracia era inmensa, sobrehumana; porque no podía estar en el destino del hombre la posibilidad de ver aquello que... ¡no, no! vieron mis ojos, ciegos de lágrimas!

Francisco García Núñez.

Día de Pasión

De las impresiones extraordinarias producidas por aquel inenarrable suceso, ¿cuál recordar ahora que pueda comprenderse todavía?

Entonces, conmovidos como los elementos de la Naturaleza los del espíritu, se dilataron las perspectivas de la conciencia, que mostró lejanías imponentes como las muestran los cielos cuando inmensa exhalación hunde los trémulos espacios; y el alma fue inundada por la revelación terrible de lo infinito del dolor.

Después, retirada la inundación aquella, y aunque la planta de la nueva vida tuvo por riego sangre y fuego por luz, ¿quién sabe ya lo que esto implica verdaderamente?

Pero aceptamos que la sangre lava y el fuego purifica, y la fe anuncia que el dolor redime; y si esto es verdad de alguna manera... ¡preciosa vida la de este pueblo desgraciado; redimida, santificada, inmortalizada en un día; día de Pasión sobrehumana, como no la vio el mundo después de la de Dios!

Domingo Gutiérrez Cueto.

LA CARIDAD ESPAÑOLA

Amo la Verdad sobre toda ponderación.

Si los armadores del tristemente célebre barco *Machichaco* hubieran tratado verdad, no se hubiesen pro-

ducido las horribles atástrofes que llenaron de luto la hermosa ciudad cantabra; y si el desventurado capitán del mismo, la confesara á última hora, habríanlas aminorado considerablemente...

Paz á todas las víctimas! Esas hecatombes que tanto lamentamos, han puesto al menos de relieve la inagotable caridad de España y las extraordinarias energías del pueblo santanderino.

Tomás Bretón.

LA NOCHE DEL 3 DE NOVIEMBRE

Cristiano viejo, católico ferviente, jamás pensé que Schopenhauer tuviera razón cuando afirmaba que no hay nada positivo en este mundo más que el dolor, acompañado de la zozobra y de la incertidumbre. Sólo una vez dudé que pudiera ser cierto; en la noche del 3 de noviembre de 1893.

José Zumelzu.

¡GRACIAS!

Oradores, artistas, literatos, sabios y vates líricos que me habéis dispensado el envidiable honor inmerecido de hacerme el emisario, á mis instancias, de vuestros sentidísimos recuerdos, consagrados á este noble pueblo santanderino, víctima hace dos años de una horrenda catástrofe que vimos, tan inmensa que no hay para narrarla conceptos descriptivos. Peregrinos ingenios españoles que consagrais, solícitos, vuestros recuerdos á las pobres víctimas del terrible explosivo que conmovió la tierra con su estruendo, incendiando edificios y sembrando de miembros palpitantes un extenso perímetro, mientras los que quedáramos ilesos por milagro divino contempláramos mudos é impasibles y con semblantes lívidos tantos horrores, desolación tanta, creyéndonos dormidos bajo la acción de horrible pesadilla ó de febril delirio! ¡Vosotros, oh poetas, literatos, oradores, políticos, filósofos, ilustres estadistas y renombrados críticos, que me habéis dispensado la alta honra de recordar conmigo la catástrofe aquella tremebunda que tanto estrago hizo; recibid, pues para eso solamente estos versos escribo, mi eterna gratitud y el cariñoso saludo que os envío.

José Estraña

ADVERTENCIA

Hemos dado colocación en el ajuste á los originales por el orden en que los hemos recibido.

DOCUMENTO INTERESANTE

Al día siguiente de la catástrofe del 3 de noviembre de 1893, el Alcalde de esta ciudad, don Fernando Lavín Casalis, que dio en aquella memorable noche grandes pruebas de valor y de serenidad, pues se le vio en todas partes, á pesar de haber resultado herido al pie mismo del *Cabo Machichaco*, así como también su distinguida esposa, que lo fue de alguna gravedad, el señor Lavín Casalis, decimos, dio al pueblo la siguiente alocución, que merece reproducirse por dar ella una idea del justificado pánico que produjo en todo el vecindario santanderino tan horrible catástrofe:

La Alcaldía de Santander al vecindario

Después de la hecatombe de ayer, de esa espantosa catástrofe que nadie sabrá contar, es necesario buscar fuerzas para sufrirla y hallar ánimos bastantes para no aumentar el infortunio.

¡Terrible éste, el más terrible que puede afigir a un pueblo, aún más horrible que la guerra, la peste y la inundación! ¿Qué será del Santander, que ha sobrevivido, de los que quedamos para llorar tantas desdichas, si no nos sobreponemos a ese estupor que nos envía y aniquila, y si fiados en la misericordia infinita no nos apresuramos á salvarnos como hombres valerosos!

Desgraciadamente, ya no hay que temer nada en lo humano, después de esse tremendo desastre que nos ha sorprendido; no nos amenaza ya ningún peligro que no sea el de nuestra propia debilidad; y á confortarnos, á sostenernos, han venido ya la caridad, la simpatía, el cariño de nuestros compatriotas y compatriotas, que lloran con nosotros y esperan además, de nosotros, esos milagros que logran en los días de prueba los pueblos que confían en Dios y tienen fe en su propia fortaleza.

Toda la noble Montaña ha acudido en nuestra ayuda; las provincias vecinas nos han enviado sus auxilios; el Gobierno de la nación comienza á ampararnos; ¡ánimo, pues, ánimo, santanderinos, hijos de aquellos padres que supieron resistir siempre á los hombres y á los elementos, y unidos todos en el trabajo de fortalecernos como en el dolor que nos agobia, obligados á rescatar de la esclavitud de esta catástrofe la familia y la hacienda

que nos resten, luchemos contra el incendio, contra el hambre, contra el abatimiento moral y pongamos á contribución, sin distinción de clases ni de personas, la fuerza corporal, el sereno discurso, el generoso corazón y los fuertes inagotables de nuestra caridad!—El Alcalde, Fernando Lavín Casalis.

LOS MUERTOS

Aunque sea de un modo incompleto y deficiente, hé aquí los nombres de las víctimas: Don Tomás Pérez Villa; Miguel Pi Franco; Constantino de la Fuente; Luis Heras Torre; Santiago González; Victoriano Prieto; José Elzalde; Antonino Ramos; Lorenzo Valen; Ricardo García; Juan Estrada; Mariano Ordoñez; Francisco Mirones; Francisco Fuente; Lucía Postigo; Arturo González; Teresa Bárcena; Juana Valdivielso; Manuel Olano; Pedro Gómez; Alejandro Sollet; Antonino Antol; J. se María Donestevé; Alberto Córdova; Francisco Portilla; José Vega.

Doña Epifanía Alzeta; Ramón Santa María; Francisco Díaz Espina; Juana Ceballos; Manuel Suárez Inclán; Eusebio Porres; Toribio Dorado; Ricardo Ferrer; Josefa Roldán; Vicenta Casada; José María Rasilla; Aquilino Cobo; Ignacio Castillo; Antonia Fernández; Elvira Martínez; Pascual Antónanzas; Enrique Suárez; Braulia Argos; José Ruiz Casado; Faustino Herrera; María Cea; Julio Fuentes; José María Pérez.

Don Francisco Migens; Nicanor Cantolla; Adela Rebollar; Cesáreo Gómez González; Vicenta Agueda; Santos Alsaín; Luciano López; Juan Pesado; Jenaro González; Manuela Lastra; Valentín Rodríguez; Agapito Granado; Ramón Martín Lastra; Mercedes Espino; Jorge de la Peña; Pedro Gómez; Ventura San Vicente; Rosario Cagigal; Agustín Obaya; Juana N.; Manuel Cea; Marcelino Morán; Angel Menocal; Cirilo Marinas; José Díaz Lanuza; Joaquín Sena; Pedro Fuentes; José Garay Arriero.

Don Ramón Cagigal; Kuperto González; Pedro Sans Samá; Asunción Martina; Ramón Gómez Aparicio; Sixto Tudela; José Corral Crespo; Andrés Dou; Celsa García; Agustín Torres; Antonio Maya Pacheco; Antonio González del Campo; Bernardino Martínez Sanz; Cándido Lavilla; Marcelino Sales; Florentino Arce; José Fernández Zubillaga; Manuel Portilla; Vicente Corona; Julián Fernández; Francisco Castillo; Emilio Méndez Fernández; Ascensión Fernández Sanjuán.

Don Julio Chardón; Ildefonso Vicente; Ignacio Zaldívar; Eleuterio Guilarte; Francisco Martínez Martín; Francisco Pío Martínez; Antonio Antón Gorda; Silvestre López; Valentín Camba; Francisco Sánchez; Jacobo Fernández; Domingo Ceballos; Clemente Villalabertía; Ricardo Escandón; Manuel Faro; Juan Díez Setién; Lino Garay; Antonio Cabello; Jenara Nieto; José Venero; Antonio Rodríguez; Fernando Calderón.

Don Jacinto Cano; Luis Martínez Peñalver; Paulino Busch; María Alonso Saiz; Faustino Joaquín Fernández; Tomás Ortiz de la Torre; José Ruiz San Emeterio; Antonio Fernández Echánove; Isidoro Gómez; Rafael Pérez; Miguel Rey; Sixto Sáez; Félix Sanchivera; Francisco Rodríguez; Telmo Menocal; Polonia Seisdedos; Saturnino Gara; Cándida Goitia; Ambrosio Lavín.

Don Constantino Torre; Mariano Dayán; Victoriano Castanedo; Federico Llana; Juan García Sobrado; Antonio Amber; Juan Galo Mauri; Pedro González; Ildefonso Cagigal; Francisco Pedraja; Sotero Román; Fernando Baldizán.

Doña Manuela Urbieto; Carmen Cangas; Norberto Iglesias; Ramón Baldizán López; León Izgueta; Faustino Camps; Aurelio Martínez Zorrilla; Joaquín Mazas; María Escobedo; Teodoro San Emeterio; Valentín Ayerbe; Diego Anes; Felipe Barreda; Miguel Bustamante; Miguel Fernández Cavada; Luis Bedía; Víctor Camus.

Don Basilio Quintana; Gregoria Seco García; Ramón Gómez López; Marcelino Romay; María Barrios; Dionisio Ruiz; Domingo Carrasco; José María Barrios; Justo Arán; Torre; Ramón Méndez; Arturo Pombo; Facundo Leniz; Anselmo Rentería; Fermín Uribe; Martín Areses; Ignacio Urrutia; Valentín Bengochea; Juan Minguellarra; Pedro Lachica; Francisco Sierra García; Manuel Mancero; Marcelo Berqueiras.

Don Adolfo B. Fachado; José Maceiras González; Fructuoso Oanes; Justo Araña; Constantino N.; Domingo N.; Adrián Gana; Juan Cerafin; Agustín Gimerole; Pedro López Peol; José Dou Torrados; Antonio Valentín; Aurelio Martínez Zorrilla; Miguel Fernández Cavada; Ramón Martín Alonso.

Don Patricio Gutiérrez Revilla; José Carral; Francisco Cimiano y López; Francisco Jaureguizar; Pedro M. González; José María Menezo; Gaspar Satelo; Juan Sordi; Víctor Dórry; Alejandro Molina; Gaspar Such; Bernardo González; Ramón Blanco; Calixto Abaza; José Fernández; Hermenegildo Cuevas; Anastasio Mariano; Francisco Urizar; Isidro Iglesias.

Don Ricardo Otero; Juan Zaragoza; Abelardo Neira; Faustino Campos; Manuel López; José Bavo; José Vallejo; Eusebio San Juan; Antonio L. Fernández; Francisco Fernández; Angel León; Miguel Rey; Serafín Muñío; Sixto Sanz; Ignacio Ruiz; Manuel Somoza de la Peña; Pedro Domenge; José González de la Rasilla; Ricardo Sáenz Santa María; Julián Gu tubay; José Fernández Cavada; Consuelo Cagigal; Ildefonso V. Rasilla; Juan Estrada; Valeriano Valle; Valentina Peña; Luis Bollizar; Baldomero N.; N. Tamayo; Emilio Corpas; María Ezcurra; José Bustamante; Silvestre Gómez.

Además, el número de las personas que murieron en sus casas y que desaparecieron, fue considerable.

Tipografía del Cantabrico.



SEGUNDO ANIVERSARIO

DEL JOVEN

DON AGAPITO JOSÉ GRANADO NAVARRO

FALLECIÓ EL DÍA 3 DE NOVIEMBRE DE 1893

Don Agapito Granado Zapatero

EL 29 DE MARZO DE 1894

DOÑA ROMANA NAVARRO GRANADO DE RIVAS

EL 3 DE OCTUBRE DE 1894

Todas las misas que mañana lunes, 4 de corriente, se celebren en la iglesia de San Francisco, y las disponibles en los PP. Jesuitas (Sagrado Corazón de Jesús), y del 5 al 11 del corriente en los PP. Salesianos y convento de la Enseñanza, serán aplicadas por el alma de dichos señores.

Su familia ruega á sus amigos les tengan presentes en sus oraciones.



SEGUNDO ANIVERSARIO

D. Santiago González Rodríguez

FALLECIÓ EL DÍA 3 DE NOVIEMBRE DE 1893

Su viuda é hijos y familia ruegan á sus amigos le encomienden á Dios en sus oraciones.

Todas las misas que se celebren el miércoles 6 en la iglesia parroquial de San Francisco, serán aplicadas por el eterno descanso de su alma.

Santander 3 de noviembre de 1895.